

Una autobiografía profesional
Entrevista con Miguel
Urrutia Montoya

CARLOS ALFONSO DELGADO GÓMEZ
Docente Escuela de Economía
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Fecha de recepción: 7 de noviembre de 2006
Fecha de aprobación: 14 de diciembre de 2006

Presentación

Un proceso de elaboración de herramientas mentales o de consolidación de un pensamiento en economía en Colombia requiere el estudio casi biográfico de los economistas nacionales según sus aportes a la ciencia de la economía.

Los factores que igualmente inciden en cada economista en el proceso de formación son también motivo de estudio, como las motivaciones personales, la influencia de los profesores, el desempeño en la academia, la importancia del ambiente académico, la observación sistemática del entorno latinoamericano y colombiano, y las distintas interdependencias desarrolladas por cada uno de los autores durante su desempeño como docente, funcionario e investigador.

De manera que el proceso de consolidación de un pensamiento en Miguel

Urrutia como economista que pretende ser auténtico, pasa por innumerables factores como los señalados y los cuales constituyen las bases de la investigación sobre los determinantes que inciden en el desarrollo del pensamiento en economía en América Latina o más específicamente en el área de la Comunidad Andina de Naciones.

Para la entrevista se tuvieron en cuenta los siguientes criterios que partían de la pregunta: ¿Por qué la entrevista a un autor en economía? Porque los economistas que demuestran una actividad permanente en materia de investigación y publicaciones, cuentan con una experiencia acumulada sobre la cual hay mucho por aprender tanto en el mundo académico del aprendizaje de la teoría económica, como en el mundo profesional en donde el ejercicio como economistas está mediado por motivaciones internas y externas y determinan de una u otra manera

planteamientos y demostraciones en cada una de sus obras.

Los criterios se orientaron a una entrevista no estructurada, es decir, evitando orientaciones precisas y facilitando que cada autor fuera libre de decidir un enfoque y un método propios que permitieran el discurrir sobre su vida en relación con su obra y su pensamiento e identificaran o no sus distintas posturas ideológicas en el transcurso de su vida, así como sus criterios éticos.

Igualmente durante la entrevista se promovió que el autor sintetizara tanto su historia personal-vital como la historia de sus ideas, facilitando y abriendo escenarios a la reflexión sobre su filosofía de vida, así como aclarar, acortar o ampliar aspectos de su obra o de su exposición, por lo que podía desarrollar énfasis analíticos.

También se buscaba que cada autor explicitara su propio proceso de aprendizaje como economista, privilegiando la manera como paulatinamente consolidó su formación teórica en economía.

Dentro del proceso del planteamiento de los criterios de entrevista también se tuvo en cuenta que comúnmente se cree, que los economistas actúan según los supuestos de la teoría y en consecuencia con abstracciones sobre aspectos políticos y sociales, ignorando el papel de los factores personales y sociales en la formación de su pensamiento y por tanto, del enfoque como economista.

Sin pretender ser una autobiografía intelectual o profesional exhaustiva, se intentó que cada autor ofreciera detalles sobre su vida personal y profesional, y, además, arrojara luces sobre sus ideas y escritos; lo que esperamos contribuya de una u otra manera a cambiar nuestras impresiones sobre lo que puede hacer un economista o lo que significa ser economista.

Igualmente, en el mundo de los estudiantes de economía se tiene curiosidad sobre las motivaciones, recursos utilizados y logros en el desarrollo de las distintas obras y artículos de cada uno de los autores, así como indagar en el por qué y el cómo de los procesos de investigación y publicación, circunstancias que pueden llevar a descubrir los orígenes del impulso creativo de un autor.

Los autores entrevistados fueron Absalom Machado Cartagena, Salomón Kalmanovitz Krauter, Miguel Urrutia Montoya, Homero Cuevas Triana, Eduardo Sarmiento Palacio, Alberto Corchuelo y Jorge Iván González.

En el caso del presente ensayo, el autor entrevistado decidió editar el material obtenido, al cual asignó el título de “Una Autobiografía Profesional”.

Miguel Urrutia ha sido entrevistado a menudo sobre temas de economía, pero sólo en raras ocasiones sobre su vida como economista y escritor, mucho menos sobre los procesos por los cuales

decidió estudiar economía, sobre las relaciones con sus profesores de economía e influencia en su pensamiento económico; entre quienes se destacan John K. Galbraith, David Bell y Simon Kuznetz entre otros.

Cuando ingresó a la Universidad de California en Berkeley, descubrió a Henry Rosovsky inspirador más tarde de su tesis de grado y a David Landes cuando cumplía con sus responsabilidades académicas en el doctorado con el tema de La Historia del Sindicalismo en Colombia; de Gregory Ingram aprendió mucho sobre transporte y desarrollo urbano; además se cataloga así mismo como un reformista en cuanto a su ideología como economista.

Es igualmente importante su interés por el grabado japonés o Ukiyo-e y el arte e historia del arte.

Simon Kuznets influyó sobre su desarrollo como economista, de quien recuerda una frase: “Todo desarrollo económico es destructor”; David Landes le enseñó el valor del cambio tecnológico y los problemas de la difusión de tecnología.

Varios de sus análisis se fundamentan en modelos conceptuales propios de Arthur Lewis como el desarrollo económico con oferta ilimitada de mano

de obra o el de Adam Smith sobre los determinantes de los salarios y de la productividad.

Sus propias notas sobre Una Autobiografía Profesional editadas por él mismo luego de la entrevista realizada en su oficina del Banco de la República, tratan ante todo de su evolución intelectual, en donde aparecen personajes principales de un relato más ensayístico que autobiográfico que intenta prestar atención sobre los problemas que se plantean si se tienen en cuenta las condiciones sociales de la producción del conocimiento¹.

La primera parte trata sobre lo que aprendió en Harvard y Berkeley, sobre lo que vivió en esas dos universidades; la segunda parte, su pensamiento sobre ideología y economía; luego demuestra su interés en áreas distintas de la economía, posteriormente sobre influencias y colegas y finalmente sus apreciaciones sobre metodología en economía recurriendo a su época de estudiante de griego, latín y francés en Bélgica. Afirma que la enseñanza recibida en matemáticas “no fue tan intensa como hoy”; lo que se hace notable en sus escritos en donde no juegan un papel importante los modelos matemáticos, en contraposición con la importancia que asigna a los modelos conceptuales que son el fundamento de muchos de sus análisis.

¹ Elías, Norbert. (1994) Teoría del Símbolo. p.49.

Una autobiografía Profesional

No sé bien por qué me volví economista, pero no me arrepiento. Al graduarme del colegio entré a la Universidad de Harvard, y a las universidades americanas uno no ingresa sabiendo qué carrera va a seguir; por eso se dice que uno entra a la facultad de Artes y Ciencias. Cuando llegué a la universidad, me había interesado el tema de la economía colombiana y en consecuencia tomé cursos de economía, pero también cursos de historia y de ciencia política.

En realidad decidí concentrarme en economía como en el tercer año de carrera. Una de las cosas interesantes de ese tipo de educación liberal es precisamente que al principio uno no se especializa mucho, sino que tiene la posibilidad de examinar diferentes carreras.

Tomé la decisión de estudiar economía después de realizar algunos cursos en esa materia y de haber tomado otros en física, filosofía, antropología, política e historia. Me interesaba mucho volver a Colombia después de mis estudios, y pensé que esta profesión era relevante para los problemas colombianos.

La otra decisión que me marcó bastante es que en un curso de Desarrollo Económico que daba John Kenneth Galbraith, conjuntamente con el profesor David Bell, resolví ahondar sobre el tema de reforma agraria y desarrollo económico. El profesor Bell

me dio unos manuscritos mimeografiados sobre el desarrollo agrícola en Japón, que mostraban cómo el sistema de impuestos a la tierra en Japón había sido fundamental en el comienzo de la aceleración del desarrollo económico de ese país en el siglo XIX. A raíz de esto y con otras lecturas que había hecho sobre la reforma agraria en México y sobre el desarrollo económico en la Unión Soviética, resolví hacer mi tesis de grado sobre Desarrollo Agrícola y Desarrollo Económico en la Unión Soviética, México y Japón.

Eso me llevó a interesarme en Desarrollo Económico Comparado y en particular, estuve muy impresionado por el caso del crecimiento económico japonés.

Mi tesis de grado concluyó que una reforma agraria pura sin nada más, como la mexicana, no llevaba al crecimiento económico; es más, con el tiempo se volvió una barrera al desarrollo. Una reforma agraria con aumentos en productividad como en Japón, Corea, o Taiwán, al contrario, sienta las bases para la aceleración del crecimiento económico.

De otro lado, la política agraria en la Unión Soviética había sido muy dura contra el campesinado y había paralizado el desarrollo agrícola. La colectivización había tenido efectos muy negativos sobre la producción agrícola.

Al regresar a Colombia tuve la suerte de trabajar en la Corporación de la Sabana y los Valles de Ubaté, en donde hice estudios de campo en los municipios boyacenses de la Corporación. Esa experiencia de investigación rural me convenció que los pequeños productores sí podían ser eficientes, experiencia que posteriormente se confirmó en los estudios de Albert Berry en la sección rural de nuestro libro “La Distribución de Ingresos en Colombia”. Ese concepto y los programas del CIID en Cáqueza fueron claves en el diseño del DRI cuando llegué a Planeación Nacional. También inicié, en la Corporación de la Sabana, a sugerencia de Óscar Gómez Villegas, el primer estudio en el país sobre desempleo con base en una muestra estadística. Este estudio sobre Desempleo en Bogotá se publicó en 1962

Mi jefe en la CAR, Óscar Gómez Villegas, era Decano de Economía en los Andes, y me ofreció irme a la Universidad para organizar un programa de investigación en el tema de desempleo, y con posibilidad de financiación de estudios de posgrado por la Fundación Rockefeller. En el Centro de Estudios para el Desarrollo iniciamos encuestas periódicas sobre desempleo, y con base en las encuestas también trabajé en temas de migración y educación.

Estos trabajos fueron la base del primer libro que edité, en este caso con Rafael Isaza: Empleo y Desempleo en Colombia (Bogotá: Italgraf, 1968).

En la universidad enseñaba Desarrollo Económico Comparado, y tuve un grupo excepcional de estudiantes. Entre ellos, César Gaviria, Roberto Junguito, Nohra Pombo, María Mercedes Cuellar, Cecilia López, Álvaro Reyes, Darío Bustamante y Haroldo Calvo. Muchos todavía recuerdan mis clases de esa época sobre Japón y Simon Kuznets.

Cuando estaba buscando a qué universidad ir a hacer mi posgrado, el doctor Atherton, profesor visitante en el CEDE y asesor en el trabajo de desempleo, me comentó que la universidad de California en Berkeley era fuerte en economía laboral. Al estudiar el catálogo, descubrí que Henry Rosovsky, el autor del estudio sobre Japón que me había inspirado la tesis de pregrado, enseñaba en dicha universidad historia económica. Eso me decidió por Berkeley. Me casé y llegué a Berkeley en 1963.

Después de un año muy duro, decidí no seguir al Ph.D. y tomé los exámenes de Master en Teoría e Historia Económica. Los pasé a nivel de Ph.D. y Rosovsky y David Landes convencieron a la facultad que me los aceptara para el Doctorado. En esas condiciones, si tomaba dos cursos de economía laboral me podía graduar en nueve meses más, y apoyado por mi esposa, resolví seguir al Ph.D. Terminé la carrera en 21 meses. Me faltaba la tesis, y resolví hacerla en Colombia. Escogí como tema la historia del sindicalismo nacional, lo que combinaba las áreas de historia y economía laboral.

La tesis la hice en el CEDE de la Universidad de Los Andes, y cuando estaba terminando la última versión, el Ministro de Hacienda de Carlos Lleras, Abdón Espinosa, me ofreció la Secretaría General del Ministerio de Hacienda. Al aceptar, no sabía que me estaba comprometiendo a más de veinte años de servicio público en el sector de la política económica colombiana.

En el Ministerio acabé de editar la Historia del Sindicalismo Colombiano en castellano (Bogotá, Italgraf, 1969) y en inglés (New Haven, Yale University Press, 1969). Allí aprendí de impuestos y algo de administración de la cosa pública. Mi curso de política fiscal se completó cuando Carlos Lleras creó la Misión Musgrave para revisar y hacer recomendaciones sobre todo el sistema tributario colombiano, y me pidieron la coordinara. Richard Musgrave, en esa época profesor de finanzas de Harvard, trajo a Colombia un equipo extraordinario que incluía a Alan Peacock de la universidad inglesa de York, Oliver Oldman, director del programa de impuestos de la Escuela de Leyes de Harvard, Paul Senf de Alemania, Charles McLure, Malcolm Gillis, Andrew Quale, y Enrique Low Mutra, todos estudiantes de posgrado en Harvard

Aprendí mucho de todos, y de Rafael Isaza González, quien era el Director de Impuestos cuando llegué al Ministerio. Ese aprendizaje culminó cuando edité y traduje los trabajos

técnicos de la Misión. (Musgrave y Gillis, Propuesta de una Reforma Fiscal para Colombia (Bogotá: Banco de la República, 1974).

Esta experiencia tuvo repercusiones, pues participé activamente en la preparación de la Reforma Tributaria que decretó el presidente López por Emergencia Económica en 1974. Años después, describí la economía política de esa reforma en un libro que edité en Tokyo: Miguel Urrutia, Shinichi Ichimura, y Setsuku Yukawa, The Political Economy of Fiscal Policy (Tokyo: The United Nations University, 1989).

En la Misión Musgrave se intentó calcular una distribución de ingresos para Colombia con el fin de entender la incidencia de los impuestos recomendados. La distribución estimada resultó ser muy desigual. Consideré que era importante trabajar el tema y calcular una distribución con mayor información básica de la que había podido utilizar McLure en la Misión Musgrave.

Después del Ministerio de Hacienda me vinculé a la Junta Monetaria, y posteriormente al Banco de la República, y en colaboración con Clara Elsa Villalba, que estaba en esa época en el CID de la Universidad Nacional, inicié mis estudios sobre distribución de ingresos.

El artículo de la artesanía fue el inicio

de mis trabajos sobre distribución del ingreso, al tratar de medir los ingresos del sector informal. Después de ese artículo seguimos obteniendo información de muchas fuentes para calcular la distribución de ingresos urbana. A estos estimativos sumamos los trabajos de Albert Berry sobre ingresos y distribución en el sector rural. Terminada la labor empírica, Berry y yo escribimos varios capítulos indagando sobre los determinantes de la distribución colombiana, y la labor culminó con la publicación de “La Distribución del Ingreso en Colombia” (Medellín, La Carreta, 1975). Esa distribución resultó ser solo un poco mejor que la que había calculado McLure.

Se observará que siempre escogí temas sociales: sindicalismo, empleo, y distribución del ingreso. Pero no abandoné la historia. En 1970 publiqué con Mario Arrubla un compendio de Estadísticas Históricas de Colombia (Bogotá, Universidad Nacional, 1970). El libro está agotado desde hace mucho tiempo, pero los investigadores lo siguen usando. Incluye estadísticas electorales recopiladas por David Bushnell, todos los censos de Colombia, y estadísticas de precios y salarios recopiladas de fuentes primarias.

Estando en el Banco de la República y terminado el estudio de Distribución del Ingreso, inicié el proceso de perfeccionar ese trabajo para su publicación en la prensa de la Universidad de Yale. Allí son muy estrictos en sus criterios

de publicación y entonces trabajé mucho en la corrección.

En esa época vino la misión de Empleo de la OIT a Colombia y conocí a muchos de los investigadores en temas de empleo. Posteriormente fui invitado a la Misión de Empleo en Etiopía, mi primer experiencia en África. Esta experiencia se la debo a Jorge Méndez, Director del Programa en la OIT. El proyecto de empleo de la OIT se enfocó en cómo disminuir el desempleo en países en desarrollo. Dicho programa produjo un acervo de investigación importante sobre el tema, y misiones a varios países.

Escribí algunos ensayos sobre el caso colombiano para varias conferencias internacionales organizadas por ese programa.

La experiencia en la Junta Monetaria fue muy interesante. Los ministros que integraban la Junta y el sector privado hacían peticiones, y los asesores de la Junta teníamos que producir documentos técnicos con recomendaciones. También nos encargábamos de la parte macroeconómica de las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional, la Agencia para el Desarrollo Internacional, y otros organismos multilaterales.

Los documentos de los asesores eran la base de la discusión, y esto hacía más técnicas las decisiones de la Junta, aunque obviamente los ministros inyectaban sus intereses sectoriales y

políticos. Pero en términos generales, frecuentemente, las decisiones eran buenas.

En esa época la mayoría de las peticiones eran para emitir a favor de uno u otro sector. Los documentos técnicos tenían el propósito de negar la petición, o compensar la emisión de alguna manera. No sorprendentemente la política monetaria acababa siendo inflacionaria.

Para mí, como asesor de la Junta, el proceso de analizar y hacer recomendaciones sobre temas diversos en periodos muy cortos fue una gran experiencia, aunque agotadora. Ocupé dicho cargo por dos años, y pocos asesores duraron periodos más largos.

En 1970, Germán Botero de los Ríos, gerente del Banco de la República, resolvió crear la Subgerencia Técnica para fortalecer la parte analítica del Banco, y me ofreció el cargo. Esto implicó seguir involucrado en los asuntos de la Junta Monetaria. De esa época recuerdo, especialmente, que le ayudé al doctor Botero con la creación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas, y también iniciamos el programa de becas en el exterior para funcionarios del Banco. Posteriormente, se amplió dicho programa para economista independientes. De estos programas se han beneficiado un gran número de profesionales, entre los cuales varios han llegado al gabinete ministerial.

En mi paso por el Banco también inicié los simposios sobre mercado de capitales, y las investigaciones para lograr una mayor liberación financiera. Los primeros pasos tímidos en este sentido se dieron, posteriormente, en el gobierno de Alfonso López.

La época de la planeación

El enfoque del Plan de Desarrollo para Cerrar la Brecha, cuando fui director de Planeación Nacional en el gobierno del presidente Alfonso López Michelsen, como bien lo dice el título, era un programa para mejorar la distribución del ingreso, reducir la pobreza y el desempleo. Las políticas propuestas concordaban con las recomendaciones que se derivaban de los estudios académicos antes mencionados.

En el libro “La Distribución del Ingreso en Colombia”, se identificaba la disminución en la inequidad en la distribución de la educación como la política distributiva más efectiva, y el plan proponía aumentar la cobertura de la primaria, cosa que se logró en los próximos cuatro años. El libro también identificaba el apoyo al campesino con poca tierra como la estrategia más efectiva para disminuir la pobreza rural, y el programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI) fue una de las prioridades gubernamentales.

Otro programa redistributivo e importante fue el Plan de Nutrición

(PAN). Creo que ese Plan es un buen ejemplo de cómo la investigación académica se puede traducir en políticas diseñadas para mejorar el bienestar social.

Al salir del gobierno, ingresé a Fedesarrollo, y retomé la historia económica.

El ensayo “50 años del desarrollo económico colombiano”, fue mi retorno a la historia económica. En ese entonces Colombia crecía rápidamente, la economía funcionaba bastante bien y éramos optimistas sobre el futuro del crecimiento económico. Este ensayo, publicado en varios libros y revistas, es un trabajo optimista. Se habían hecho muchas reformas que hacían prever un crecimiento económico acelerado.

Otro tema que abordé en Fedesarrollo como resultado de mi experiencia como Ministro de Minas, fue el del transporte público. El tema que surgía permanentemente en el Ministerio de Minas, era que cada vez que se ajustaba el precio de la gasolina había un paro de buses y quemaban dos o tres buses y había uno o dos muertos. Esto no hacía posible contar con un precio de la gasolina racional. La fijación del precio de los pasajes también se dificultaba porque no había buena información sobre cuál era el costo del transporte, ni cómo funcionaba el sistema de buses en las ciudades, pues era un sistema muy atomizado. La gran mayoría de estos buses eran propiedad del conductor y las

empresas de buses eran cooperativas de conductores de buses muy poco organizadas. En resumen, había mucha falta de conocimiento sobre el sistema de transporte urbano y era una fuente de conflicto.

Resolvimos analizarlo y una manera para estudiarlo, que es poco común entre los economistas, fue hacer un experimento real. Nos conseguimos un bus para Fedesarrollo y lo operamos para entender exactamente cómo era que funcionaba el sistema. De ahí salió el libro del sistema de transporte urbano. Este y la investigación fueron bastante originales. Impresionó al Banco Mundial y a unos economistas académicos de Harvard y éstos me invitaron a asesorar en transporte urbano al gobierno de Indonesia.

“Anatomía de una Metrópolis” fue un estudio en el cual ocupé un cargo en la Junta Directiva. Fue una investigación del Banco Mundial dirigida por Gregory Ingram, y de quien aprendí mucho sobre transporte y desarrollo urbano. Una de las personas que participó en el estudio es un economista hindú (Rakesh Mohan) que vino mucho a Colombia. Ahora me lo he vuelto a encontrar porque es el vicepresidente del Banco Central de la India.

También trabajé una serie de estudios sobre el sector comercio, e hicimos un libro sobre el tema, gracias al apoyo de Juan Martín Caicedo, quien en esa época era presidente de FENALCO. También

comencé a investigar para “Gremios, Política y Democracia”. Este libro lo trabajé en parte con una beca del Wilson Center del Instituto Smithsonian de Washington y posteriormente lo terminé en un trimestre que estuve enseñando en Oxford. Ese libro intenta explicar cómo se hace política económica en Colombia.

Cuando estuve en el Smithsonian tuve tiempo para leer mucha literatura sobre economía política, actividad útil para otros estudios como el libro que edité con Setsuko Yukawa titulado “Development Planning in Mixed Economies. (Tokyo: United Nations University, 1988).

La idea del Libro “Gremios, Política Económica y Democracia” tenía cierta lógica. Si había estudiado la historia del sindicalismo, el siguiente paso era estudiar la organización de los gremios.

El libro de “Los de Arriba y los de Abajo” tuvo otra motivación. Comencé a considerar que la distribución del ingreso en Colombia estaba mejorando en los años 70 y nadie me creía. Entonces resolví volver a hacer un estudio empírico bastante completo de distribución del ingreso. En efecto, creo que demostré de una manera contundente que se estaba presentando una mejoría en la distribución del ingreso en Colombia. Pero en este país nunca le creen a uno cuando dice cosas positivas. No se cree sino en lo negativo. La publicación del libro efectuada por el Banco Mundial le dio alguna

respetabilidad internacional a la tesis.

El trabajo fue muy intenso porque tuvo como objetivo ver si la impresión que yo tenía sobre la mejoría en la distribución del ingreso era real. El trabajo empírico, en el cual me volvió a colaborar Clara Elsa Villalba, tenía que ser convincente.

Una pequeña crítica: a uno le ayudan mucho los editores muy estrictos. Los editores de Yale University Press y John Hopkins University Press me hicieron trabajar mucho y los libros que he publicado en inglés han tenido más rigor. Los editores en inglés me han presionado a hacer muchas revisiones. Los editores colombianos han sido más amables, y los libros publicados aquí tienen más errores.

En los años ochenta me nombraron vicerrector de la Universidad de las Naciones Unidas en Tokyo. Fui a esa aventura, dado mi interés desde cuando era estudiante en el desarrollo japonés. Ante la sorpresa que me produjo esa cultura, comencé a escribir en El Tiempo pequeños artículos sobre todo lo que estaba viendo en Japón y Asia. La columna tuvo éxito por lo corta.

Me he concentrado más en países que han tenido éxito, que en los que han fracasado. Otra forma de hacer economía comparada es mirar las causas del fracaso.

En Tokyo trabajé primordialmente en

economía política y economía comparada y los libros que publiqué fueron proyectos de investigación que organicé en varios países. Hubo un proyecto de investigación sobre cómo se hacen las reformas tributarias en países en desarrollo, y qué resultados tienen. Escogíamos grupos académicos de diferentes países para hacer esos trabajos de economía comparada.

También edité un libro sobre política fiscal comparada, y otro sobre los problemas de desarrollo en los países ricos en recursos naturales.

En 1985 fui nombrado gerente del Departamento Económico y Social del BID. Ese cargo me dio la posibilidad de estudiar el desarrollo en varios países de América Latina. En esa época hice el estudio titulado “Ausencia de Populismo en Colombia”, probablemente uno de mis trabajos más citados tanto internacional como nacionalmente. El origen del trabajo es interesante. Estando en el BID, Sebastián Edwards y Rudiger Dornbusch me propusieron un proyecto para estudiar por qué hay populismo en América Latina. Les dije que les ayudaba a organizar un seminario, inclusive a financiarlo, pero con la condición de que no fuéramos simplistas, porque no en todos los países de América Latina había habido populismo. Entonces me preguntaron que ¿en dónde? y les respondí que en Colombia. Esta conversación acabó en la petición de que escribiera el artículo sobre Colombia.

Estando en el BID edité otros libros, incluyendo Long -Term Trends in Latin American Economic Development (Washington: BID, 1991). Para complementar los trabajos que había iniciado en Tokyo sobre los problemas de desarrollo de los países ricos en recursos naturales, organicé un proyecto de investigación sobre el desarrollo económico de los países escandinavos. El proyecto culminó con la publicación del libro editado por Magnus Blomström y Patricio Meller: “Trayectorias divergentes: Comparación de un siglo de desarrollo económico latinoamericano y escandinavo. (Santiago: Cieplan- Hachette, 1990).

Otra experiencia interesante en Washington era que estaba encargado del apoyo del BID a varias fundaciones que favorecían a la microempresa.

Cuando vivía en Washington el narcotráfico había desprestigiado muchísimo a Colombia. En los medios y en grupos académicos se decía que el crecimiento de Colombia se debía al narcotráfico. Me pareció eso absurdo. Lo único que veía eran los costos de ese fenómeno.

Entonces produje y presenté en el Wilson Center del Instituto Smithsonian un trabajo demostrando que el narcotráfico retrasaba el crecimiento económico y la disminución de la pobreza.

Creo que fue contundente el estudio, pero nuevamente nadie me creyó. Con

el tiempo ese análisis fue calando, talvez no por mis planteamientos sino por la lógica de los acontecimientos, y fue aceptado en algunos círculos académicos de los Estados Unidos que el narcotráfico era un lastre para el desarrollo económico en Colombia.

Después seguí en el cuento de la medición, e intenté medir el tamaño económico del narcotráfico. Siempre me pareció que la gente exageraba muchísimo la importancia económica de esa actividad. Salomón Kalmanovitz también intentó una medición.

Como los medios seguían exagerando el tamaño del negocio, desde el Banco de la República contratamos un estudio con Fedesarrollo y la Universidad Nacional de Colombia para tratar de precisar cifras sobre el tema. Parece que teníamos razón. El estudio concluyó que el narcotráfico es inmenso, pero no del tamaño que se mencionaba con frecuencia en los medios de comunicación.

En 1989 regresé a Bogotá como director de Fedesarrollo. En los años siguientes escribí sobre algunos temas de actualidad.

“El Estado ni más Grande ni más Chico, Simplemente Mejor”, fue una contribución al debate de si el Estado es demasiado grande, y si hay demasiados impuestos. En este y otros artículos, incluyendo uno que presenté en ANIF, sostengo que no es cierto que en Colombia haya mucho impuesto. Al

contrario, en términos internacionales, la carga tributaria es relativamente baja. Sostengo que dada la Constitución de 1991, el gasto social creció en el país, y la población espera mucho en materia de servicios sociales. En esas condiciones se vuelve necesario aumentar la carga tributaria.

También hice un trabajo para el Departamento Nacional de Planeación, esbozando cuál debería ser la política de privatizaciones en el país. Estaba de jefe del Departamento Nacional de Planeación Armando Montenegro, y el gobierno estaba comenzando a pensar en las privatizaciones. Me solicitó que escribiera un artículo sobre el tema para el caso de Colombia. Entonces me leí toda la literatura sobre privatización, y a raíz de eso hice un artículo, que creo todavía es relevante, sobre cómo hacer bien las privatizaciones y las ventajas de una política de privatización bien ideada.

En 1991, la Constitución le dio independencia al Banco de la República y el gobierno me nombró en la nueva Junta. Desde ese momento me dedico a estudiar política monetaria. Con los economistas del Emisor nos dedicamos a estudiar cómo hacer para reducir la inflación; qué ventaja desde el punto vista económico tiene que el Banco sea independiente; cómo manejar la bonanza petrolera de los años noventa; y todo el tema de exportaciones. Los siguientes años los he dedicado a los temas de Banca Central.

He publicado algunos artículos académicos estando en el Banco. Me gusta “Colombia” en John Williamson, ed.; “The Political Economy of Policy Reform” (Washington D.C. :Institute for International Economics, 1994) sobre la economía política de las reformas económicas de 1989-92.

Las Notas Editoriales de la Revista del Banco de la República salen bajo mi nombre, pero muchas de ellas son trabajos que he asignado a investigadores del Banco, o resúmenes o adaptaciones de trabajos que he considerado interesante publicar escritos por economistas tanto del Banco como no vinculados a él. Algunas sí son de cosecha propia, y me parecen interesantes las siguientes: “Una visión alternativa: la política monetaria y cambiaria en la última década”. (Mayo 2002); “La Coordinación de la Política Económica”. (Dic. 2002); “Impacto de los programas de intervención para la Niñez sobre el crecimiento económico y la igualdad”. (Agosto 2001); “Proceso de toma de decisiones para las políticas monetaria y cambiaria”. (Octubre 2001); “Políticas para evitar burbujas especulativas en finca raíz”. (Enero 2000); e Historia del Banco de la República y la Inflación (agosto 1995).

También dirigí una investigación de historia económica cuantitativa de Colombia en que trabajaron Carlos Esteban Posada, Adriana Pontón, y varios economistas jóvenes del Banco. El resultado se publicó en el libro “El

Crecimiento Económico Colombiano en el siglo XX. (Bogotá, Fondo de Cultura, 2002)

Este libro refleja un fenómeno interesante del Banco: Los economistas de la Gerencia Técnica trabajan en muy variados temas. Son responsables de las estadísticas monetarias, cambiarias y de deuda; pero también hacen trabajos en econometría, y trabajos académicos sobre empleo, crecimiento, transporte, desarrollo regional, distribución de ingresos, desarrollo agrícola, e industrial. Es claro que el Banco no está dedicado únicamente a temas de política monetaria e inflación. Una buena muestra de los temas de interés de nuestros técnicos son los 267 artículos publicados en Borradores de Economía desde 1994.

Ideología y economía

En un recuento como éste puede ser de interés para el lector que yo diga algo sobre ideología. Albert Hirschman escribió hace unas décadas sobre los “Reform Mongers” en Latinoamérica: una generación de políticos y técnicos reformistas. Tal vez esa es la mejor definición de mi ideología como economista. Siempre he tenido el convencimiento que el bienestar económico de los colombianos puede mejorar de manera permanente, pero que para lograr el crecimiento económico auto sostenido se tienen que llevar a cabo reformas más o menos profundas.

Salido de la universidad estaba interesado en el tema de la reforma agraria, y conocí a Camilo Torres, cuando era miembro de la Junta del nuevo Incora. A través de él traté de vincularme, sin éxito, a ese Instituto, y acabé en la CAR.

Posteriormente, he seguido interesado en el tema de reforma agraria, y sigo convencido de que una reforma bien hecha puede aumentar la producción agrícola y mejorar la distribución del ingreso. La producción puede aumentar porque la producción por hectárea es mayor en parcelas pequeñas y medianas que en las grandes fincas. Una mejor distribución de la tierra también mejoraría la distribución del ingreso.

Al mismo tiempo hay que admitir que la reforma agraria en Colombia no ha sido en general exitosa. La productividad agrícola en muchos de los proyectos del Incora es muy baja. Más grave aún, la reforma agraria no es popular. Hay que diseñar un sistema mejor.

También he sido reformista en materia fiscal. Creo difícil la justicia social en un Estado que no cobra impuestos y no efectúa gastos para crear igualdad de oportunidades. Por eso he intervenido en reformas tributarias y propuestas de reforma tributaria.

Igualmente, he sido reformista con relación al gasto público. El gasto público debe ser eficiente y destinado a beneficiar a los grupos de menores

ingresos. He abogado por más gasto en educación y por mayor eficiencia en ese gasto. Me opuse durante 20 años a los metros por ser un sistema ineficiente de transporte popular y abagué por sistemas de buses tipo transmilenio. Apoyé programas de nutrición infantil, y me opuse a subsidios a las matrículas universitarias.

Desde comienzos de los años setenta abagué por reformas al mercado de capitales para promover el ahorro y la inversión generadores de crecimiento.

Pero a diferencia de algunos economistas de mi generación, nunca fui revolucionario. Siempre valoré la democracia imperfecta colombiana, y me sentí cómodo en varios de los gobiernos de los últimos cuarenta años.

Ese compromiso con el reformismo me llevó en la vida profesional a trabajar primordialmente en temas sociales: empleo, distribución de ingresos, nutrición, asuntos fiscales y gasto público. También en asuntos macroeconómicos, con el convencimiento que las crisis generadas por desequilibrios macroeconómicos golpean primordialmente a los grupos más pobres de la sociedad.

Interés en áreas distintas a la economía.

En el bachillerato escribía cuentos y ensayos. La bibliografía adjunta muestra que siempre he seguido escribiendo,

aunque en general sobre temas económicos, históricos o culturales. Me gusta escribir, y no me cuesta trabajo. Escribo en inglés y en castellano.

No me es difícil escribir porque sólo lo hago para transmitir ideas. No me afana el estilo. Escribo corto y con un vocabulario poco rebuscado.

Mi estilo refleja que he leído y escrito mucho en inglés. Hernando Gómez Buendía decía que yo escribía el castellano en inglés. Yo empleo un castellano simple, poco elegante, tal vez un castellano sólo útil para un artículo de economía. Es un castellano simple y fácil de leer. He pensado que de pronto debería tomar más en serio la manera de escribir pero afortunadamente no sufro mucho con el estilo. Si uno trata de escribir algo más elegante se asusta más con la página en blanco.

Recomiendo escribir, entre otras cosas, porque uno aprende muchísimo haciéndolo. Si uno simplemente lee libros de economía, entonces se tiene un conocimiento no suficientemente profundo sobre los temas. Uno se convence de algo si le ha tocado estudiarlo, analizarlo y escribirlo.

Mi otro interés es el arte. Siempre me ha interesado el arte, y mis viajes serían impasables sin museos. Uno de mis grandes placeres de los últimos años ha sido poder promover la labor cultural del Banco de la República. Creo que la Colección de Arte prehispánico y

moderno del Banco es hoy en día una de las colecciones importantes de Latinoamérica.

Una afición peculiar que tengo es el interés en la cultura japonesa. En Harvard no sólo estudie esa economía, sino también tomé un curso apasionante de literatura nipona. Ese interés me llevó a aceptar un cargo en la Universidad de Naciones Unidas en Tokyo, y allí desarrollé aún más ese interés. Leí sociología, economía, antropología, historia, ciencia política sobre Japón y mucha literatura. Infortunadamente, todo en traducción, pues no aprendí a leer japonés. Eso hubiera requerido al menos 5 años de estudio, y ese lujo no me lo pude dar.

Uno de los temas que siempre me interesó fue el del grabado japonés, una forma popular de arte de los siglos XVIII y XIX, que se ha denominado el Ukiyo-e. Compré mi primer grabado en San Francisco, siendo un estudiante pobre en los años sesenta.

He encontrado que varios colombianos han tenido la misma afición. En septiembre de 2001 resolví curar una exposición de Ukiyo-e en las salas de arte del Banco de la República. La exposición se hizo con obras de colecciones privadas de Bogotá. A raíz de ella, varios coleccionistas no representados me han comentado también tener estas xilografías.

Recientemente el Museo de Colsubsidio

hizo una interesante exposición de Ukiyo-e con reproducciones que me dio placer visitar.

También leo bastante sobre arte e historia del arte, y espero poder un día dar un curso sobre pintura y desarrollo económico. Créanme que existe alguna relación.

Influencias y colegas

El trabajo de desarrollo comparativo de Simon Kuznets tuvo una gran influencia sobre mi desarrollo profesional. Adicionalmente le oí una frase muy sabia en una conferencia en Tokyo: “Todo desarrollo económico es destructor”. Lo que trataba de decir es que el crecimiento económico deja atrás o destruye las viejas formas de hacer las cosas. La industria moderna destruye la artesanía, los buques de vapor hacen desaparecer los buques de vela. Las transiciones tienen costos, y el desarrollo genera conflictos. Pero el crecimiento es la única fuente de mayor bienestar material.

Henry Rosovsky y David Landes también influyeron en mí y Gerschenkron influyó en ellos. Landes me enseñó el valor del cambio tecnológico y los problemas de difusión de tecnología.

De joven me encantaban los escritos de Indalecio Liévano, pero con el tiempo me ha desilusionado un poco. Lo contrario me ha pasado con la obra de Jaime Jaramillo. La obra de Malcom

Deas sobre asuntos colombianos me parece valiosa y una cantera que es rentable explotar.

Muchas de mis investigaciones han sido esfuerzos conjuntos. Colaboramos muy fructíferamente Albert Berry y yo, en particular en el libro de Distribución de Ingreso. En este tema también siempre me ha ayudado Clara Elsa Villalba. Berry es un gran conocedor del campo colombiano y la pequeña y mediana industria, y aprendí con él a especificar todos los métodos utilizados en las estimaciones estadísticas que se hacen.

Los trabajos de Gustavo Ramírez sobre Desarrollo me parecieron interesantes. Participamos en varias conferencias sobre empleo, y tuvimos conversaciones que para mí fueron muy útiles.

A diferencia de muchos colegas colombianos, en varias ocasiones no estuve de acuerdo con el doctor Currie. Nunca me convencí que el sector de la construcción podía ser un sector líder, planteé mis críticas en diferentes artículos, y a éste no le gustaron. En un artículo sobre su obra escribí que no me parecía progresista su falta de apoyo a la reforma agraria, y este planteamiento le gustó aún menos.

Metodología

En el colegio estudié Griego y Latín. El Griego me pareció difícil, y después de dos años de estudio, lo abandoné. Pero creo que este aprendizaje en los clásicos,

en apariencia poco útil, me ha servido para escribir con lógica.

El Francés lo aprendí a los ocho años cuando mi padre era Ministro en Bélgica después de la guerra, pero lo olvidé cuando aprendí inglés. Lo estudié nuevamente en bachillerato, lo cual me facilitó mucho volver a hablarlo y leerlo. Como estudié bachillerato y universidad en Estados Unidos, cuando mi familia vivió allí, soy bilingüe.

También tuve una buena base de matemáticas en el colegio, pero cuando estude economía al final de los años cincuenta, la enseñanza en matemáticas no era tan intensa como hoy en día. Tampoco había tanto énfasis en modelos formales. Eso se nota en mis escritos, donde los modelos matemáticos formales no juegan un papel importante.

Algunos modelos conceptuales sí son el fundamento de muchos de mis análisis. He encontrado muy útil para entender el mercado laboral el concepto de Arthur Lewis del desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra. También las ideas de Adam Smith sobre los determinantes de los salarios y de la productividad.

Muchos de mis trabajos han sido de análisis empírico. Le tengo un gran respeto a los datos, y nunca los he inventado para sostener una tesis. También cambio de opinión si éstos me sugieren una interpretación diferente. Siempre les digo a mis estudiantes que

si la econometría no da conclusiones contundentes, esto en sí, es una buena conclusión; la hipótesis puede haber estado equivocada.

Al interesarme la parte empírica, no he escrito mucha teoría económica. No es mi fuerte, pero utilizo la teoría económica en mis análisis. Yo creo en la teoría económica, y las conclusiones a las que uno llega deben ser lógicas en términos de teoría.

En cuanto al contexto en que se creó la teoría económica, yo no soy posmoderno. Creo que la economía es una ciencia, que hay postulados de la economía comprobables científicamente y que son universales. La idea de que la teoría se ajusta a los intereses del momento, de la clase social de quien escribe, me parece que no es correcta.

La teoría obviamente debe desarrollarse con modelos, pero una cosa en que deben tener cuidado los estudiantes es que si no conocen los datos, si no conocen las limitaciones de los datos, al introducirlos en modelos pueden producir basura. Una cosa que no recomiendo es concentrarse solamente en los modelos y no tener un buen conocimiento sobre los datos.

Por eso digo que una de las personas que más influyó en mi vida profesional fue Simon Kusnetz quien fue precisamente el que desarrolló las cuentas nacionales e hizo los primeros trabajos empíricos sobre crecimiento económico cruzando

datos a nivel internacional. Es muy importante conocer y tener un buen sentido de los datos.

Se puede aprender mucho de la historia. Probablemente me voy a dedicar en los próximos años a la historia económica. El estudio de ésta da mucho sentido común en materia de política económica. Es interesante ver que a diferencia de lo que ocurre en muchos países latinoamericanos, los economistas colombianos escriben historia económica. Varios de ellos como José Antonio Ocampo, Juan José Echavarría, y Salomón Kalmanovitz, han hecho aportes

significativos a la historia. Roberto Junguito escribió un libro sobre Deuda Externa en el siglo XIX.

Calidad de vida

Para terminar, debo confesar que mi profesión me ha dado una buena calidad de vida. Investigar y escribir sobre economía ha sido un placer, y el entrenamiento en economía ha hecho posible involucrarme en la política económica y el servicio público, y esto me ha hecho sentir útil para la sociedad. ¿Qué más le puede pedir uno a su profesión?